

De esta manera, al mismo tiempo que conformaban, durante los siglos XVIII y XIX, los sones y jarabes, los músicos populares del amplio Occidente de México fueron modelando otro género especial para tocarse en las ocasiones religiosas. Así, con base en las melodías de la época barroca europea –y en combinación con melodías y ritmos autóctonos, de origen africano y en menor medida asiáticos– se fueron forjando las piezas melódicas que se utilizarían para la comunicación con “el otro mundo” en el contexto del catolicismo popular mestizo y en el ámbito de las religiones amerindias contemporáneas. Un proceso semejante y paralelo tuvo lugar en la vertiente del Golfo de México.

* * *

“Por un inventario fechado en 1784, sabemos que el archivo musical de la capilla [de música de la catedral de Durango] (aparte de la música de uso diario para los servicios religiosos que estaba contenida en grandes volúmenes) constaba de 492 composiciones, a saber:

42 misas de diferentes autores,
14 instrumentaciones para vísperas,
54 salmos,
13 ministriles de horas, tercia y nona,
26 lamentaciones, motetes y demás, alusivas a la Cuaresma,
4 tedeum,
17 salves,
8 himnos,